



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

"La plaza no me interesa" una mirada crítica a
la configuración urbana del Espacio Aparicio
Saravia.

Trabajo Final de Grado
Producción teórica: Monografía

Estudiante: Micaela Canessa
Tutor: Prof. Titular Dr. Gonzalo Correa Moreira.
Revisora: Prof. Titular Dra. Alicia Rodríguez Ferreyra.

Resumen:

En el presente Trabajo final de grado me propongo abordar los espacios públicos, particularmente el Espacio Aparicio Saravia, el cual ha despertado mi curiosidad por comprender cómo estos espacios se configuran en el entramado social. Debido a la importancia de los espacios públicos en la vida comunitaria y su capacidad para reflejar y configurar las dinámicas sociales, entiendo relevante poder analizar cómo estos son portadores de significados y tensiones que impactan en la identidad y cohesión social de los barrios. Este espacio que nace de una política de seguridad muy bien intencionada, tiene como objetivo la prevención situacional y promover la interacción social. Su escaso uso será el *leit motiv* para cuestionar tanto las políticas públicas como la intervención estatal y el impacto que estas pueden tener en el vínculo que se genera entre los vecinos y el espacio. A partir de eso, se preguntará cómo estas racionalidades gubernamentales pueden resultar excluyentes, lo que delata sus limitaciones y cómo éstas generan a la vez procesos de subjetivación en los vecinos del barrio. A través de un recorrido teórico se problematiza la configuración urbana y la producción del espacio como posibles escenarios de identidades que configuran resistencias; por otro lado, a través de las voces de los vecinos y arquitectos del espacio, así como de imágenes del lugar, pretendo compartir una comprensión más profunda del contexto del Espacio para poder vivenciar su realidad y apreciar las dinámicas sociales subyacentes que lo configuran.

Palabras claves: Comunidad, espacio público, exclusión social, inseguridad, resistencia.

Índice

1. Introducción	3
2. La Configuración Urbana en el Capitalismo Contemporáneo y la Producción del Espacio Urbano.....	5
2.1 La producción social del espacio: poder, conflicto y urbanismos.	7
2.2 Espacios Públicos y Consideraciones Urbanísticas: prácticas de resistencia y producción de subjetividades en los espacios públicos.	10
3. Espacio Aparicio Saravia ¿La plaza como encuentro?	15
3.1 Perspectivas Vecinales: Diálogo Comunitario y Reflexiones sobre la Realidad del Barrio Marconi	23
3.2 Análisis de la Exclusión Social: Dimensiones, Dinámicas y Respuestas Comunitarias:	31
3.3 Resistencia y Autonomía: La Lucha de los Barrios Frente a la Intervención Estatal.....	37
4. Reflexiones finales.....	40
5. Referencias bibliográficas.	43

1. Introducción

La producción de este trabajo tiene como propósito reflexionar sobre los espacios públicos el capitalismo, en alianza con el Estado, emplea de manera instrumental y política, desde una perspectiva que concibe al espacio como resultado o efecto de producción constante (Lefebvre, 1974). Para ello tomaré el Espacio Aparicio Saravia, un espacio público inaugurado en 2020 ubicado en el barrio Marconi, como puntapié para iniciar este análisis a partir de un recorrido teórico que me posibilitará adentrarme al estudio de sus interacciones y significados emergentes. Este espacio fue creado en el marco de una política de seguridad preventiva como manera de paliar la violencia e inseguridad en la zona por parte de un conjunto de instituciones gubernamentales. Dada mi condición de educadora en un Centro de Atención a la Infancia y la Familia (plan CAIF) de la zona, el lugar se convirtió en un punto cotidiano de mi trayecto de casa al trabajo y viceversa. Esta familiaridad con el lugar me permitió constatar su escaso uso por parte de las vecinas y vecinos de la zona, despertando mi curiosidad sobre el porqué de esa, en principio, no participación. ¿Qué acontece si pensamos ese no uso como una manera singular de relacionarse con el espacio? ¿Es posible pensarlo, no desde la negatividad, sino como una práctica afirmativa, productora?

Este trabajo se inscribe en una corriente de pensamiento que sostiene que los espacios se producen a partir de prácticas y que, por ende, la construcción de uno como este no se limita ni a su diseño ni a su ejecución, es decir al cemento, los planos, los proyectos. En línea con esta perspectiva constructora del espacio, la construcción como figura epistémica va más allá de esas prácticas e incluye otros actores y acciones. De esto último se desprende la importancia de preguntar sobre las tramas que se despliegan y efectúan en esos lugares, antes, durante y después del diseño, situando y reconociendo a las personas que les desean, usan, piensan y habitan, en el sentido que le otorga al habitar Martin Heidegger (1951). Este acto de habitar, al igual que el construir va más allá del espacio físico y el estar. Habitar es una forma de ser en el mundo que denota la relación de las personas con su entorno natural y social. Quizás, al escribir sobre este espacio, también lo estoy habitando, si consideramos que habitar es problematizar, repensar, vivir con las interrogantes de quién estoy siendo y cómo lo estoy haciendo en relación de respeto y armonía con otros seres que configuran el entorno barrial.

Un estudio, aunque preliminar, que quiera comprender este tipo de producciones no puede quedarse solo en el análisis de lo que fue el proceso de diseño del lugar, para ello es importante entender las condiciones de producción de un espacio público como el Espacio Aparicio Saravia y comprender su emergencia en un contexto barrial más amplio, sujeto a

una ciudad singular, en este caso Montevideo. Esto conduce a preguntarme: ¿cómo se piensa, en términos generales, el barrio Marconi desde las autoridades?, ¿cuáles son las soluciones y acciones que se toman en relación a la inseguridad que es uno de los temas más acuciantes en el día a día?, ¿qué despierta esto en los vecinos? El tema elegido para este trabajo final de grado guarda relación directa con mi participación activa en dicho entorno, en tanto que, como mencioné más arriba, soy un actor activo en la comunidad barrial por mi inscripción institucional en un CAIF. Esto me ha permitido una inmersión en las interacciones del entorno, su cultura y dinámicas sociales.

A partir de la idea de que los espacios no solo se ocupan, sino que también se habitan y se construyen de manera significativa, ha surgido en mí, desde hace un tiempo, una curiosidad por saber qué efectos producen los espacios públicos en las comunidades que lo practican; en especial, respecto al elegido, llama poderosamente la atención el poco uso que este tiene a pesar de que fue concebido para promover nuevas interacciones en el barrio. Así, no utilizar este espacio deviene también en una práctica a ser considerada para pensar su producción.

Para desarrollar este análisis me interesa distanciarme de los discursos clásicos que toman la seguridad como factor predominante para justificar este tipo de ausencia de público, siendo esta la primera respuesta cuando se le pregunta sobre su no uso a quienes habitan el barrio. Así, para profundizar en las razones que configuran este modo particular de relación o no-relación, me propuse llevar a cabo una exploración que consistió en el despliegue de diversas técnicas de indagación: entrevistas con los arquitectos responsables, sistematización de documentos, registros fotográficos, observaciones participantes, conversaciones con vecinas, vecinos y actores del barrio. Ya desde las primeras interacciones comencé a observar que en los alrededores del Espacio Saravia, vecinas y vecinos de todas las edades habitan espacios tan disímiles como calles, veredas, espacios verdes e, incluso, otras plazas, aspecto que de entrada tira abajo o al menos pone en duda la hipótesis de la inseguridad como motivo de su poco uso.

La construcción de este espacio tan particular, ubicado en una zona de la ciudad considerada como zona roja por las autoridades policiales y que a la vez cuenta con la presencia de múltiples programas estatales¹, no puede pensarse sin la intervención de las

¹ Dentro de los programas estatales la zona cuenta con una oficina territorial que realiza atención dos veces por semana en el Centro Cívico Luisa Cuesta y una vez en el barrio Marconi en la Casita Naranja. Además hay tres Socats (Servicios de Orientación y Consulta y Articulación Territorial en convenio con la Sociedad Civil); donde la atención a la ciudadanía se lleva a cabo en las instalaciones de las Policlínicas, SAS "Los Ángeles", Policlínica Asse "Artigas" y el Jardín N° 377.

políticas sociales que allí se despliegan. Incluso el motivo manifiesto que justifica su creación, como mencioné al comienzo, es una política pública de seguridad. Esta convivencia cotidiana con programas y agentes estatales es uno de los focos de tensión que no pueden pasarse por alto al momento de este análisis. La presencia estatal se expresa de manera contrastada como represión y como asistencia. Esta ambigüedad produce un degradé de formas de vincularse con el Estado que se expresan en la cotidianeidad del barrio y en particular en el Espacio Saravia, donde el conflicto es una de sus características centrales. Desde este trabajo me propongo analizar cómo estas tensiones forman parte de la producción del espacio, por ende de los modos en que este se practica. De esta manera, utilizaré al Espacio Aparicio Saravia como un ejemplo de espacio producido desde una perspectiva crítica y reflexiva. Mi enfoque se centrará en las tensiones emergentes que existen entre las políticas estatales y las prácticas cotidianas de las personas. A través de este análisis buscaré comprender cómo estas políticas, de un modo conflictivo, participan activamente en su producción y cómo la configuración de los espacios públicos puede actuar como agente de cambio y resistencia dentro de un entramado social más amplio, es decir, más allá de la trama en la que localmente están inscriptos.

2. La Configuración Urbana en el Capitalismo Contemporáneo y la Producción del Espacio Urbano

Comenzaré problematizando las ciudades en su esencia como productos del capitalismo que reflejan desigualdades sociales y económicas que se perpetúan en la vida de sus habitantes. Bajo esta realidad es urgente reclamar el “*derecho a la ciudad*” concepto desarrollado por Henri Lefebvre y continuado por otros, entre ellos David Harvey (2011), entendiendo a este derecho más allá del acceso a recursos urbanos, para pensarlo como el poder colectivo para transformar las ciudades, los espacios y a nosotros mismos. Tal como propone este último, este derecho es “(...) mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad” (Harvey, 2011, p. 23).

Desde esta perspectiva, los habitantes de las ciudades tienen el legítimo derecho a ser parte de las decisiones urbanas. La implicación en la configuración del entorno no es solo un acto de mera participación, sino forma parte sustancial de una demanda de justicia social en relación con los espacios que habitamos y nos habitan. Como menciona Ornelas

Asimismo participa la Subsecretaría del MIDES y otras autoridades tales como la Alcaldesa, Director de INAU. También están participando diversas Instituciones Públicas incluyendo representantes políticos y técnicos de MIDES, INAU, MI, IM, MEC, MTSS, ASSE, MVOTMA.

Delgado (2004) el neoliberalismo ha promovido la privatización de los espacios públicos y la segregación de los barrios. Estos van de la mano de la proliferación de centros comerciales, mercados, restaurantes, barrios privados, edificios con *amenities*, creando una ilusión de libertad en un contexto dominado por el capitalismo neoliberal. Sobre la configuración de este tipo de espacios mencionados, no suele haber apertura para la decisión y la implicación de la ciudadanía. La experiencia urbana que se presenta como experiencia de libertad de elección, queda ligada al consumo. La urbanización capitalista ha sido un proceso intrínsecamente vinculado a la acumulación de capital, es así como se han conformado varios de los barrios de Montevideo. Esta urbanización ha generado ciudades más desiguales y fragmentadas, donde la privatización de los espacios públicos es moneda corriente. Esta realidad favorece a los más privilegiados mientras desposee a los más vulnerables, lo que David Harvey (2011) denomina, tomado de la obra de Marx, “acumulación por desposesión”, proceso que consiste en el desplazamiento de las clases más vulnerables hacia la periferia de la ciudad. El desarrollo urbano bajo las lógicas del capitalismo tiende a favorecer la acumulación de capital a través de la desposesión de los que menos tienen, aumentando las desigualdades y fragmentando la ciudad.

Problematizar y cambiar las estructuras de poder que sustentan el capitalismo urbano es necesario para construir espacios más justos y equitativos. Estos cambios, en parte, podrían comenzar con una participación democrática en la creación de espacios públicos donde sus habitantes hagan valer su “derecho a la ciudad” desafiando así las estructuras de poder que segregan y a la vez que crean los sectores de la población. Otra línea de acción podría ser la problematización y comprensión de la ciudad, entendiéndose esta más allá de sus componentes materiales, haciendo foco en sus dinámicas y relaciones que la configuran. En este contexto, me propongo abordar la ciudad como un ensamblaje de elementos heterogéneos, donde interactúan naturaleza, entornos construidos y sistemas técnicos afectando la producción urbana e incentivando la configuración de la ciudad. Esta perspectiva complementa lo antes mencionado por Harvey (2011) y proporciona una visión de la ciudad como espacio fluido y dinámico, afectada no solo por factores económicos. Esta visión que relaciona aspectos naturales, sociales y técnicos en un ensamblaje complejo la podemos ver en la utilización de los postulados de la teoría del actor-red (TAR) para pensar la ciudad, tal como lo hace Ignacio Farías (2010). El autor propone pensar el espacio desde su cualidad de entidad híbrida: “las nociones de actor y red designan dos caras de una misma moneda, dos formas complementarias de dar cuenta de lo social y su incrustación en un principio de relacionalidad híbrida” (Farías, 2010, p.18).

Esta noción de hibridez emergente de la propia idea de actor-red proporciona una comprensión más profunda de la ciudad, habilitando una suerte de ecología urbana, que concibe lo social a partir de conexiones que no son puramente humanas, ni puramente materiales, sino una mezcla de ambos. Las relaciones sociales en este contexto van más allá de la entidad social, abarcando una mezcla de tecnologías, objetos, naturaleza y cuerpos. Esta visión además me permite salir de ciertas dicotomías como lo urbano y lo rural o lo político y lo técnico, permitiendo pensar cómo ciertas prácticas de saberes, tales como la arquitectura y las que fundamentan las intervenciones estatales, forman parte de las prácticas que constituyen lo urbano, siempre en tensión y en relación a otras entidades y agencias, reconociendo la relevancia de los elementos no solo humanos que participan en la configuración con la ciudad. Teniendo en consideración esta multiplicidad que conforma un ensamblaje urbano, Farías (2010), inspirado en Donna Haraway (1985), hace alusión a la “urbanización cyborg” para enfatizar cómo las transformaciones tecnológicas influyen en la vida y naturaleza configurando formas híbridas de existencia urbana. Desde esta perspectiva intento comprender los espacios y la ciudad como un ensamblaje dinámico y diverso, donde las interacciones entre sus varios componentes producen continuamente nuevas configuraciones urbanas. Este concepto de:

Ensamblajes urbanos, en la medida que se deriva de la filosofía deleuziana, permite además dar cuenta del papel que juegan los afectos, las capacidades y, en general, las tendencias virtuales inherentes a las entidades y ensamblajes que conjuntamente producen la ciudad (Farías, 2010, p.32).

Esto denota que la ciudad se constituye a partir de la interacción de elementos múltiples que conservan su independencia y se dan en relación con otros ensamblajes produciendo nuevas formas de acción colectiva que contribuyen a la diversa vida urbana. Así, la ciudad podría entenderse más allá de su delimitada formación espacial o su cualidad de “entidad político-económica y/o forma sociocultural”.

2.1 La producción social del espacio: poder, conflicto y urbanismos.

Considero relevante pensar los espacios públicos para comprender los urbanismos y las dinámicas sociales que se dan en nuestra ciudad. Intentaré abordar este campo para desentrañar la complejidad en la producción de los espacios y sus implicaciones, culturales, políticas, económicas y sociales.

Desde los postulados de Di Masso, Berroeta y Vidal (2017) se plantea una concepción de espacio como ámbito de conflicto, que va más allá del espacio físico; el espacio público

como escenario de interacción social y de disputa de poder, donde diversos actores y grupos sociales construyen significados. Los autores tomaron tres perspectivas para reflexionar sobre los espacios y sus premisas. La primera, la *tesis optimista*, toma al espacio público como escenario ideal para la participación y el debate social abstrayéndose de los conflictos que le son inherentes. Al respecto los autores mencionan:

Si bien el discurso alarmista de la inseguridad, el incivismo y la anomia urbana contradice el espíritu propio de la tesis optimista, su despliegue retórico alimenta el desiderátum normativo de paz, consenso y armonía propio de esa perspectiva, cuyo horizonte político traza una convivencia social funcionalmente adaptada a la celebración a-problemática de un espacio público donde, en el fondo, todo va bien (Di Masso, Berroeta y Vidal, 2017, p. 57).

En segundo lugar mencionan la *tesis terminal*, la misma se separa un poco de la primera y dirá que el ideal ilusorio de que todo va bien solo logra encubrir las tensiones subyacentes y las complejidades que son parte indivisible de la vida social. Esta visión del espacio público como terminal me parece relevante, estos autores mencionan: “Esta segunda perspectiva proclama un inminente fin del espacio público en las ciudades contemporáneas” (Di Masso, Berroeta y Vidal, 2017, p. 57). El espacio público perdió su “esencia” de lugar de interacción social, ya que estos espacios están regidos por los dispositivos de control, haciendo del espacio público un lugar de vigilancia y exclusión.

Y en tercer lugar mencionan la *tesis conflictivista* la cual aún es más desafiante ya que propone que el espacio público no ha muerto, sino que nunca ha existido. Separándose de las anteriores, esta tercer tesis nos dirá que el espacio como lugar ideal de encuentro e interacción social, nunca fue tal, los espacios siempre han estado marcados por desigualdades, exclusiones y diferencias sociales: “La exclusión, y más concretamente, las luchas de los sectores excluidos por ser incluidos y aceptados como públicos legítimos, son condiciones estructurales del espacio público” (Di Masso, Berroeta y Vidal, 2017, p. 60). Esta afirmación denota que los espacios públicos siempre han sido escenario de conflictos y de lucha que algunos deben dar para ser incluidos.

A partir de esta comprensión del espacio, que se aleja de la idea de neutralidad, comienzo a estudiar el espacio público como una construcción social activa. Para esto me remitiré Henri Lefebvre (1974) quien conceptualiza el espacio haciendo una distinción de tres tipos o maneras de producirlo: el espacio concebido, el espacio percibido y el espacio vivido. Esta dialéctica del espacio propuesta por Lefebvre será importante para comprender las agencias y relaciones que participan en los procesos de producción espacial.

Cuando el autor refiere al espacio concebido, lo hace para advertir sobre el papel que técnicos, planificadores y urbanistas tienen al momento de idear el espacio y sus prácticas. Estas acciones tienen como efecto o meta subyacente la búsqueda del control y ordenamiento de la vida en la ciudad. Este intento de reducir lo vivido, lo cotidiano, a lo legible y visible, reduce la experiencia vivida a lo que se ve, simplificando su complejidad: A este proceso Lefebvre (1974) lo denomina “la falacia de la transparencia espacial” (p. 22). Desde la óptica de los planificadores, el espacio público se ve como neutral y preexistente, con usos predefinidos y cuerpos que deben adaptarse a esos modos preestablecidos de cómo habitar. En cierta medida, esta “transparencia” oculta un orden espacial complejo cargado de relaciones de poder y de control. Es precisamente esa pretensión técnica monopolista de producción de la ciudad capitalista y el conflicto subyacente detrás de dicha transparencia, lo que señala dónde mirar si lo que se quiere es atender la multiplicidad de agencias que participan en la producción de un espacio cualquiera. Reforzando esta idea, en “Derecho a la ciudad”, Harvey (2011) define al espacio urbano como escenario de coexistentes encuentros de confrontación ideológicas/políticas: un lugar de deseo, de juego, de imprevisibilidad y desequilibrio permanente donde la calle es esencial para la vida urbana, donde la vitalidad y la interacción urbana se manifiesta de forma potente y compleja. Previamente, Lefebvre (1974) apuntaba al espacio urbano como “espacio de lo posible” (p. 25) destacando la importancia de la esperanza y la utopía de una transformación de los espacios y sus formas de concebir y habitarlos. Estos surgen de su realidad actual, pero se orientan siempre hacia futuros alternativos; esto no se trata de una fantasía irrealizable, sino de una premisa que se dirige a la construcción de nuevos horizontes posibles. Estos espacios urbanos son entidades complejas que incluyen redes sociales y materiales”...pero cuya existencia va más allá de su materialidad: caminos, rutas, ferrocarriles, líneas telefónicas, etc” (Lefebvre, 1974, p. 432).

Si bien estas redes tienen una innegable existencia material, su significado y efecto las trasciende. Desde la perspectiva del Lefebvre, el espacio físico y la naturaleza sirven como base sobre la cual se construyen capas de espacio social producido. Esta idea contrasta con la idea de Farías (2010) que propone lo social en simetría con la materia. Me resulta interesante poner a jugar estas dos miradas, para Lefebvre (1974) la materia, por ende el espacio, es lo primero siendo éste punto de partida para la creación del espacio social. Mientras que para Farías (2010) no existe una primacía, lo social y lo material se influyen mutuamente sin jerarquías preestablecidas, así y todo, ambos destacan que el espacio no es neutro ni pasivo, está activamente producido y creado por relaciones sociales y materia. En este sentido ambos autores si bien difieren en simetría y jerarquía comparten la idea del

espacio como producto social dinámico, resultado de múltiples interacciones, rechazando la idea de espacio como algo preexistente y pasivo.

Como mencioné antes, estos espacios son modulados por los intereses capitalistas, cuya tendencia es privatizar y mercantilizarlos, convirtiéndolos en un producto productor de relaciones sociales que organizan y refuerzan las estructuras de poder fragmentando las ciudades e instalando modos de ser y habitar los espacios desde la precariedad y la segregación. Lo planteado por Harvey (2011) sobre la justicia espacial, y la integración de una distribución equitativa de los recursos es una extensión del pensamiento de Lefebvre (1974) quien es quien conceptualiza y destaca la participación activa de los habitantes en la producción y uso de los espacios en el desarrollo del derecho a la ciudad. Tomando estos autores pretendo construir una mirada sobre los espacios públicos como productos sociales, influenciados por las relaciones de poder y control, donde en estos espacios dinámicos se disputan y configuran derechos, significados e identidades. Alejándome de la concepción del espacio como imparcial, hago propias las palabras de Lefebvre: "el espacio ya no se concibe como un medio vacío y neutro, ocupado por objetos inertes, sino que el espacio se antoja un campo de fuerzas, repleto de tensiones y de distorsiones "(Lefebvre, 1974, p. 196).

Estas prácticas dependen de relaciones de poder que expresan condiciones de producción, así como las fuerzas políticas, tecnológicas, económicas que influyen en el resultado final de un espacio. Desde esta perspectiva, en la que reflexiono sobre los espacios producidos, intento problematizar cómo es que estos se configuran. Considero imposible concebir el espacio sin un sujeto que lo reproduzca a través de su experiencia y vivencia; por ello, no puedo entender el espacio como una simple abstracción; pero si hay sujeto, este también debe ser concebido como resultado de esas mismas relaciones que producen el espacio que se habita.

2.2 Espacios Públicos y Consideraciones Urbanísticas: prácticas de resistencia y producción de subjetividades en los espacios públicos.

Aquí intentaré abordar el tema del urbanismo desde una perspectiva crítica, destacando la emergencia de prácticas de rediseño urbano fundamentadas en la desobediencia civil. Este enfoque implica la alteración deliberada de la configuración preestablecida del espacio urbano, desafiando así las normativas y directrices establecidas por las autoridades pertinentes. Partiré de la base sugiriendo que estas acciones representan un intento por parte de la comunidad local de reclamar un papel más activo en el proceso de planificación urbana. Para conceptualizar estas prácticas tomaré la noción de "urbanismo desde abajo"

desarrollado por Correa, Grebert y Gómez, (2018), la cual subraya la acción de colectivos comunitarios en la planificación y transformación del entorno urbano sin la intervención técnica de una planificación central. Los autores lo definen del siguiente modo:

(...) el urbanismo desde abajo es, ante todo, el campo de tensiones en torno al devenir de la ciudad donde se suceden un conjunto de acciones de rediseño colectivo del espacio urbano sostenidas a partir de un ejercicio práctico que coloca la experimentación en el centro del derecho a la ciudad, y que, mediante prácticas de desobediencia, prácticas refractarias o recalcitrantes, se proponen el rediseño de lo trazado previamente y la invención de nuevos trazos, promoviendo, de este modo, nuevas formas de vivir la experiencia sensible de la ciudad. Se trata del espacio de hibridación y actualización de las prácticas, donde los niveles tácticos y estratégicos, los conocimientos expertos y legos, el hacer y el planificar restituyen su univocidad; es el espacio de tensión desde el que nace la posibilidad de crear situaciones y proyectarlas sobre las cosas que forman parte del entorno vital inmanente, produciendo aperturas para usar apaños, reparar, recuperar y «cacharrear» (...). En cierto sentido, el urbanismo desde abajo es el hiato que posibilita pensar que quienes planifican y proyectan sobre el entramado urbano, en lugar de ser exclusivamente especialistas en urbanismo, son colectivos «cualquiera» (...) afectados e implicados por su entorno —hasta el punto que, en cierta medida, son el propio entorno—, y vinculados entre sí de un modo ecológico, cuyos componentes son movidos a la acción para transformar sus propias existencias llegando incluso a poner en riesgo sus identidades (Correa, Grebert y Gómez, 2018, p. 29).

En contraste con la visión convencional que asigna exclusivamente a los especialistas en urbanismo el rol de diseñar y dirigir el desarrollo urbano, adopto la idea de que los habitantes locales, como partes directamente interesadas y afectadas por su entorno, deben ser considerados actores clave en este proceso.

En muchas ocasiones las intervenciones técnicas en ciertas zonas o barrios de la ciudad se hacen en pro de su revitalización, sin explicitar de qué vida se habla. De esta manera, se establece una dicotomía entre el discurso de revitalización urbana impulsado por agentes especuladores y la concepción de que los barrios poseen una vida intrínseca previa a cualquier intervención planificada. Como mencionan Correa, Grebert y Gómez (2018), las más de las veces se suele “revitalizar barrios como si en ellos no hubiese previamente vida” (p. 35). Siguiendo a los autores, frente a las imposiciones que amenazan ciertas formas de vida, la desobediencia juega un papel crucial como práctica política en la producción de la ciudad, traduciéndose en acciones autónomas que modelan los entornos habitados. Considero que estas acciones de desafío no solo ponen en tela de juicio las

normativas establecidas, sino que también ofrecen una oportunidad para reflexionar sobre las motivaciones y los intereses que impulsan tales intervenciones urbanísticas. Al hacerlo, se promueve un diálogo más amplio y democrático sobre el futuro de nuestras ciudades. La ciudad, a través de su dinámica y sus elementos característicos, ejerce una influencia poderosa en la configuración de la subjetividad individual y colectiva.

Pensar la producción urbana desde abajo sugiere que la vida urbana no solo moldea nuestras percepciones y experiencias, sino que también promueve la reflexión sobre el impacto de las intervenciones urbanísticas en espacios como este, fomentando así un diálogo más amplio y democrático.

Esta relación inmanente entre vida y ciudad, da cuenta de la importancia que posee la materialidad urbana en la construcción de quienes somos. De ahí la importancia de apelar a la noción de producción de subjetividad como manera de desafiar la idea que piensa al sujeto como condición a priori y como registro existencial interior. En lugar de ser determinada por la distinción entre adentro-afuera, la subjetividad se produce de modo multifacético y diverso. Esta concepción, ligada a los postulados de Felix Guattari (1996), parte del supuesto que la subjetividad no se origina de manera lineal o jerárquica, sino que surge de una interacción compleja entre diversos factores y fuerzas presentes en el entorno urbano y social. El autor dirá en cierto momento que la subjetividad es, en sus propias palabras:

Conjunto de condiciones por las que instancias individuales y/o colectivas son capaces de emerger como Territorio existencial sui-referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad a su vez subjetiva (Guattari, 1996, p. 20).

Podemos pensar cómo las subjetividades individuales y colectivas se forman en relación con otras, estableciendo conexiones y límites que permitan definirse de una manera. Desde esta perspectiva, la subjetividad se entiende como un fenómeno plural y heterogéneo que refleja la diversidad y complejidad del mundo urbano, no quedando sujeta a una causalidad unívoca o a la influencia de instancias superiores. Por el contrario, ésta emerge de manera dinámica y contextualizada en respuesta a las interacciones y experiencias individuales y colectivas dentro de sus entornos vitales, para el caso que nos involucra, la ciudad. La interacción entre época, cultura y contexto social emerge como un eje central en cualquier análisis de la subjetividad humana. La producción de subjetividad está profundamente ligada a la cotidianidad y a las prácticas sociales que la configuran. La noción de “producción de subjetividades” implica, en esencia, la comprensión de cómo los seres humanos se autoconstruyen a través de sus prácticas sociales. Estas no solo reflejan las condiciones sociales y culturales de una determinada época y lugar, sino que también

contribuyen activamente a su reproducción y transformación. Como menciona Víctor Giorgi (2003): “no podemos desconocer que cada época, cada cultura y cada enclave social proporciona imágenes, valores, modelos, zonas de permisibilidad y de prohibición; habilita experiencias y produce significados en torno a ellas, todo lo cual contribuye a la producción de una subjetividad singular.” (p. 1).

Este proceso es inherente dinámico y multifacético, ya que requiere la constante interacción entre las experiencias individuales y las estructuras sociales más amplias. Si consideramos la relación entre la producción de subjetividad y las prácticas sociales, entiendo crucial reconocer la complejidad y diversidad de estas últimas. Con esta reflexión pretendo problematizar las concepciones convencionales sobre la subjetividad y el papel de la ciudad en su formación, abriendo la puerta a un entendimiento más rico y variado de cómo la vida urbana moldea nuestras identidades y percepciones, y cómo podemos pensar la ciudad como un espacio de producción constante de subjetividades diversas y cambiantes. Por otro lado, con esta reflexión intento contribuir a una comprensión más profunda de las dinámicas urbanas y a la promoción de entornos urbanos más enriquecedores y habitables para los vecinos de la zona. Cuando me refiero a habitables me remito a Martin Heidegger (1951) pensando el habitar indisociable del construir, entendiendo que construimos para habitar y habitamos para construir. Si tomamos en cuenta que habitar no sólo es presencia física, sino también es experiencia, podemos dar mayor sentido a lo expresado por el autor: “(...) la relación del hombre con los lugares y, a través de los lugares, con espacio descansa en el habitar. El modo de habérselas del hombre y espacio no es otra cosa que el habitar pensado en un modo esencial” (Heidegger, 1951, p. 7).

La conexión entre las personas y los lugares no es accidental ni superficial. Es una relación profunda y esencial que se basa en el acto de habitar, que incluye experimentar, sentir, vivir y dar significados a los lugares. Habitar, en este contexto, es una forma esencial de ser y estar en el mundo. La arquitectura, la distribución propuesta, la gramática estatal, no son meras actividades técnicas, también son expresiones del modo en que se relacionan las personas y se dan las relaciones de poder.

A los efectos de este trabajo, me interesa pensar las formas del habitar en relación a los conflictos que se producen en espacios públicos en barrios socialmente estigmatizados. En primer lugar, me interesa remarcar la creación de los espacios urbanos, no como meros receptáculos inertes, sino como entornos que se configuran y reconfiguran mediante las prácticas cotidianas de sus residentes. Me remitiré a Alicia Rodríguez (2019) que desafía la

noción estática del espacio, enfatizando su dinamismo y densidad como elementos cruciales en la conformación de la sociedad. Asimismo, intentaré subrayar la carga de significados que los espacios adquieren, tanto desde estructuras de poder como desde la propia comunidad. Para esto me remito a Alicia Rodríguez que menciona:

Los espacios se cargan de significados desde instancias de poder, lo que denomina simbolismo a priori, o desde la propia comunidad, que llama simbolismo a posteriori [en alusión al trabajo de Sergi Valera (1993, 1996), citado por Vidal y Pol (2005)]. Este último supone la reelaboración del significado político inicial que se realiza a través de procesos de apropiación. También es posible hablar de un sentimiento de desapropiación o “falta de familiaridad afectiva” con la ciudad o el barrio, lo que conduce a la sensación de que esos espacios no son propios. (Rodríguez, 2019, p. 74).

Esta dualidad en la atribución de significados influye en la forma en que los espacios son percibidos y apropiados, generando procesos de identificación o alienación. La falta de vínculos emocionales con la ciudad o el vecindario puede provocar sentimientos de extrañeza y contribuir a la fragmentación social. A partir de esto, me propongo analizar la noción de comunidad desde diversas perspectivas, resaltando tanto su capacidad para cohesionar como las barreras internas que la atraviesan. Además, destacaré cómo la percepción de violencia e inseguridad puede llevar al aislamiento y al distanciamiento emocional dentro de la comunidad, reforzando las divisiones entre el 'nosotros' y los 'otros'. Duschatzky y Skliar (2000) plantean que: “necesitamos del otro para justificar lo que somos, nuestras normas, discursos y prácticas, para...poder nombrar la barbarie, la herejía, la mendicidad, etc. y para no ser nosotros mismos, bárbaros, herejes y mendigos” (Duschatzky y Skliar, 2000, p. 4). Esta rigidez en la identidad comunitaria puede restringir las oportunidades para establecer interacciones positivas y para desafiar estereotipos y prejuicios.

Por otro lado, me resulta relevante considerar la necesidad del otro en la definición de la propia identidad y en la legitimación de normas y prácticas. Esta interdependencia resalta la importancia de la diversidad y la inclusión en la configuración de una sociedad justa y equitativa. Entiendo que como menciona Alicia Rodríguez (2019): “Los límites de la exclusión se conforman espacial y discursivamente a través de narrativas dominantes que construyen distintas legitimidades para el uso del espacio público y para el ejercicio del derecho a la ciudad.” (Rodríguez, 2019, p. 141).

Como menciona la autora, estos límites se fundan tanto espacial como discursivamente, a través de narrativas que legitiman ciertos usos del espacio público mientras excluyen otros. Esta reflexión insta a cuestionar las narrativas predominantes y a fomentar espacios públicos inclusivos que promuevan la diversidad y la participación ciudadana con lógicas bajadas a tierra donde realmente se escuche e invite a los vecinos a ser parte real de estos procesos. Comprender la complejidad de los espacios públicos como escenarios de interacción social, construcción de identidad y resistencias es crucial. Estos espacios no solo funcionan como lugares de encuentro, ni estas prácticas sociales se limitan a un accionar específico, sino que también abarcan normas, valores y formas de organización y construcción que hacen a la vida cotidiana y la identidad colectiva. Por otro lado, estas prácticas están cargadas de significados culturales y simbólicos que inciden en la manera en que los individuos se perciben y dan sentido al mundo que los rodea.

3. Espacio Aparicio Saravia ¿La plaza como encuentro?

Las plazas han sido históricamente el corazón de la vida urbana, tomando una participación crucial en actividades políticas, sociales y comerciales, así como constituyéndose en espacios de encuentro y expresión comunitaria. En el tejido urbano, las plazas no son sólo espacios físicos, sino que expresan los latidos culturales y sociales de una sociedad; como menciona Juan Carlos Pérgolis (2002): “La magia va más allá de la plaza, es de cada ciudad y de su gente.” (p. 41).

El Espacio Aparicio Saravia, cuyo surgimiento fue modelado por las tensiones y preocupaciones relacionadas con la inseguridad, se encuentra ubicado en el barrio Marconi, uno de los barrios de la periferia de la ciudad al norte de Montevideo. Este barrio nace en las primeras décadas del Siglo XX con la expansión de asentamientos periféricos a continuación se adjunta imagen (Ver Fig. 1) de sus primeras construcciones.



Fig.1 Cantegril de Enrique Castro y Aparicio Saravia. Imagen tomada de Semanario Brecha

Para conocer aún más la historia del barrio, me entrevisto con Ana María L. quien ha trabajado en la zona casi toda su vida y actualmente se desempeña como funcionaria de la organización San Vicente Padre Cacho quien participa activamente en el barrio. En dicho encuentro me cuenta que el barrio comenzó a formarse en las primeras décadas del siglo XX, como mencione anteriormente, vinculado al crecimiento urbano de Montevideo y a la expansión de asentamientos periféricos. En ese entonces los vecinos eran trabajadores rurales que emigraban a la capital en busca de mejores ofertas de trabajo. Sin embargo con el tiempo ya casi a segunda mitad del Siglo XX el barrio comenzó a tener un crecimiento notorio dado a la crisis económica de la década del 1980 que acentuaron desigualdades dejando al barrio aún más vulnerable.

También nos cuenta que el barrio Marconi se caracteriza por su fuerte identidad comunitaria, pese a los desafíos que presenta relacionados a la pobreza, inseguridad y estigma. Los vecinos que viven ahí son, en su mayoría, trabajadores informales o personas en situación de desempleo, lo que refuerza su vulnerabilidad económica.

Desde una perspectiva cultural Ana cuenta que el barrio ha sido un espacio de resistencia y creatividad donde han florecido con los años expresiones artísticas como el candombe y más actualmente el Hip-Hop y Rap como forma de expresión de los jóvenes que fortalecen

la identidad del barrio. Cuenta que en las esquinas se suelen agrupar jóvenes a “tirar barras” lo que en los últimos tiempos ya es un clásico en el barrio.

El Marconi ha sido históricamente asociado con altos índices de violencia, comenta que la narrativa de los medios de comunicación han reforzado y contribuido a su estigmatización – “los que trabajamos por aquí sabemos bien que el barrio es mucho más que eso” (L. Ana, funcionaria org.SV, comunicación personal, 29 de noviembre del 2024)–; si bien no se puede negar las situaciones de inseguridad que suceden y la falta de recurso con la que se convive, el barrio es un lugar cálido y receptivo donde infancias, vecinos, jóvenes y actores convivimos diariamente.

En este contexto, resulta relevante pensar cómo las zonas marcadas por la segregación y la falta de recursos, la inseguridad se convierte en un factor determinante que influye en la vida diaria de sus habitantes. Los espacios públicos, como las plazas, no solo son lugares de encuentro y creación, sino también testigos de las complejidades socioeconómicas y políticas que moldean la vida en comunidad. La plaza que aquí se presenta emerge como un microcosmos donde convergen las realidades del barrio. Su génesis, evolución y uso proporcionan una perspectiva a través de la cual se puede entender mejor la interacción entre la arquitectura urbana, la seguridad ciudadana y la construcción de identidades y narrativas comunitarias.

Al explorar esta plaza desde una perspectiva reflexiva, buscaré comprender cómo los problemas de inseguridad impactan en la configuración del espacio público y, a su vez, cómo este espacio puede convertirse en un agente de cambio y resistencia dentro del entramado social más amplio. A través del análisis detallado del Espacio Aparicio Saravia y sus lógicas constructivas y de funcionamiento, así como su relación inmanente con las gramáticas estatales que la fundamentan, pretendo arrojar luz sobre las complejas interrelaciones entre seguridad, espacio urbano y comunidad, proporcionando así una base para la reflexión crítica sobre la segregación de una comunidad y de la construcción de la percepción de peligrosidad que quedan entrelazadas en la estigmatización social y la discriminación institucionada. Esta percepción, no solo impacta en la identidad colectiva, también puede generar divisiones y tensiones al marcar límites que separan y distinguen a las personas dentro de un entorno social. La construcción de estas identidades colectivas no se limita únicamente a la inclusión de individuos similares, también contraen la delimitación de fronteras que establecen un dentro y un fuera (Salazar, 2011).

La construcción de estas fronteras, alimentada por estereotipos negativos y narrativas, actúa como un factor clave para el aislamiento y la fragmentación comunitaria. Este proceso

no solo refuerza la estigmatización social, sino que también contribuye al vacío simbólico y funcional que afecta a los espacios públicos del barrio, como lo señala Juan Carlos PÉrgolis:

Hoy en día el espacio de la plaza se viste de vacío. El punto de encuentro es débil y sin permanencia. La falta de adaptación a las condiciones económico sociales de la población, hacen del espacio público un espectáculo anodino, despoblado (Pérgolis, 2002, p. 45).

Esta situación que describe PÉrgolis en la cita no es ajena al Espacio Aparicio Saravia; perfectamente podría decirse que este espacio hoy en día no cumple con su propósito de lugar de encuentro y convivencia, ya que no logra entrar en diálogo con las necesidades, los intereses y las prácticas de la población local. Esta constatación es uno de los motivos que inspiran este análisis, más teniendo en cuenta que esta plaza nace como solución al problema de la inseguridad, lo que acarrea varias consecuencias. Entre estas está el hecho de que su existencia y todo lo que la fundamenta aporta a construir una percepción del espacio que puede afectar su uso público, contribuyendo al ciclo de estigmatización y exclusión a través de medidas de seguridad excesivas y la falta de inversiones en actividades comunitarias que, en principio, podría ser lo que se espera de este tipo de lugares. Comprender estas dinámicas subyacentes es crucial para problematizar cómo estos espacios son producidos y productores de tramas que atraviesan la ciudad, qué lugar ocupan en el conjunto urbano, cómo su existencia afecta a otras relaciones en puntos geográficos y simbólicamente distantes. Estas tramas están profundamente influenciadas por los imaginarios sociales, definidos por Cornelius Castoriadis (1983) como el conjunto de significaciones imaginarias que estructuran y dan coherencia a una sociedad, otorgando sentido a las prácticas, normas y valores de sus integrantes. En el caso del barrio Marconi, estas significaciones colectivas configuran la vida cotidiana y su interacción con la vida urbana.

Me parece relevante resaltar que la plaza como parte significativa de la vida urbana, y su función social y simbólica depende de su contexto dentro de la ciudad. Sin la ciudad, la plaza pierde su significado como lugar de interacción comunitaria y espacio público. Como menciona PÉrgolis (2002): “la plaza como lugar de encuentro, como ámbito de lo público, no existe sin la ciudad” (p. 42). Esta idea se ve reflejada en el caso de Espacio Aparicio Saravia inaugurado el 24 de julio del 2020, ubicado en Bulevar Aparicio Saravia entre Dr. José Iraola y Enrique Castro. Este espacio se extiende por 300 metros, sobre los cuales se ha estructurado un recorrido equipado para diversos usos y edades, todos ellos conectados

entre sí. Como se puede ver en las imágenes (ver Fig. 2, 3 y 4) el espacio era un lugar baldío, sin uso a pesar de su amplitud.



Fig.2 captura de pantalla, fotografía de Google Street View, agosto 2015 Google Inc



Fig.3 captura de pantalla, fotografía de Google Street View, septiembre 2015 Google Inc

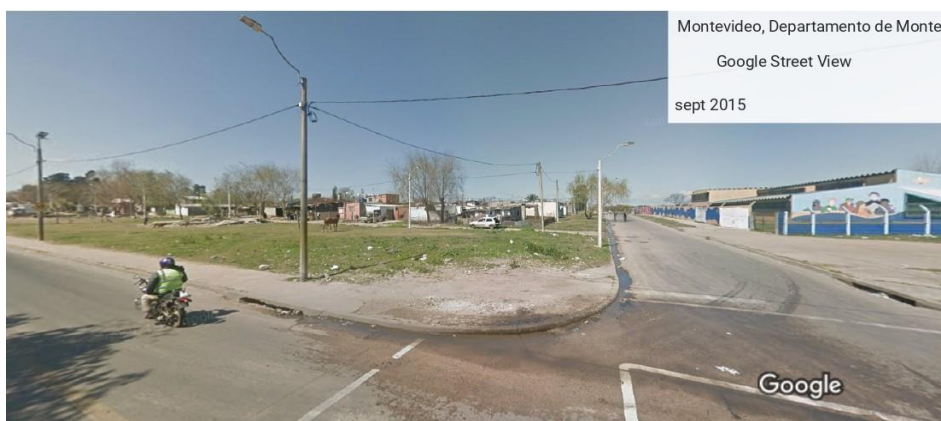


Fig.4 captura de pantalla, fotografía de Google Street View, Septiembre 2015 Google Inc

Desde el inicio de su diseño se pensó que, una vez finalizada las obras, la comunidad pudiera disfrutar de una amplia gama de instalaciones que incluyen: una cancha polifuncional, un gimnasio al aire libre, sectores pavimentados diseñados para múltiples usos (como anfiteatro, pista de patinaje y área para fogatas), un área destinada a

actividades relacionadas con el *skate*, juegos infantiles, hamacas, áreas de descanso y un juego de agua. La iluminación está garantizada por focos ubicados en columnas de 12 metros de altura, pensados para evitar su vandalización. El acondicionamiento vegetal de la zona comprende áreas ajardinadas y una cuadrícula de árboles de la especie Liquidambar. Además, se ha asegurado la accesibilidad universal en toda la plaza.

Esta obra, concebida dentro del Plan Integral Cuenca Casavalle, requirió una inversión total de \$25,517,38. La dependencia responsable de su ejecución fue el Departamento de Desarrollo Urbano. La obra estuvo dirigida por el Arquitecto Álvaro Trillo, quien estuvo en todo el proceso de gestación del espacio, y el arquitecto Juan Diego Díaz, quien realizó el proyecto en sí de la plaza y quien estuvo en la dirección de obra. Por este motivo es que me acerco el 13 de marzo del 2024 a la Intendencia de Montevideo en búsqueda de información sobre el Espacio. Tras la primera consulta me derivan a la Unidad Integración de la Planificación en el Departamento de Planificación de la IM donde actualmente desempeña sus tareas el Arquitecto Álvaro Trillo y vía correo electrónico con el arquitecto Juan Diego Díaz quien estuvo frente a la dirección del proyecto. En una conversación muy amena Trillo me comenta que la plaza tuvo la particularidad de desarrollarse durante el inicio de la pandemia COVID-19, dado que la industria de la construcción fue de los pocos sectores que no detuvieron sus tareas. Sobre todo en la etapa final de la obra (se inició previo a la pandemia) implicó una dirección de obra con ciertas dificultades, pero se pudo completar el alcance del contrato. La empresa constructora, según los arquitectos, tomó dentro de su cuadrilla al menos dos operarios que son vecinos del lugar con la idea de que esa inclusión ayudará a fortalecer la apropiación de la obra por parte del barrio. Sobre el uso posterior del espacio, como comentaban ya que fue culminada en un momento en que las plazas estaban “abandonadas” por la pandemia, manifiestan no tener claro cuál fue la recepción del sitio. Vale mencionar, aspecto resaltado en la entrevista, la obra se terminó en uno de los peores momentos del COVID-19, con lo que ni siquiera pudo ser inaugurada formalmente.

En la conversación mantenida con ellos, por distintas vías, ambos comentaron acerca del porqué de un espacio de esas características en aquel lugar y sobre el proceso de diseño y creación que implicó dialogar directamente con el Consejo Casavalle², con los actores

² Está integrado en la actualidad por representantes de diversas instituciones públicas: ministerios, entes autónomos, secretarías, Universidad de la República, Intendencia, Municipio y concejos vecinales.

colectivos que forman parte del Plan Casavalle³, así como con el Consejo Intersectorial Marconi. Esta última instancia mencionada surge luego de hechos de violencia acontecidos el 27 de mayo de 2016 por mandato expreso del entonces presidente Tabaré Vázquez. En aquel entonces fue coordinada por Ana Olivera, por ese momento viceministra del MIDES, y participaron representantes de varios organismos (Ministerio del Interior, INAU, MIDES, ANEP, Intendencia, MOVTMA, entre otros). Allí se lleva a cabo el denominado "Plan Marconi". Entre las acciones implementadas por esta mesa intersectorial, se encuentra un estudio realizado que identifica los lugares más inseguros de la zona, que contó con la participación activa del Ministerio del Interior, la Intendencia de Montevideo, el CCZ11, además de otros actores, orientados por una consultora chilena Alejandra Casanova con experiencia en el tema quien introduce el tema de "prevención situacional" que se toma en cuenta por la Intendencia para la realización de la plaza. Su informe indica al espacio libre de Saravia entre Iraola y Enrique Castro (ver Fig. 2, 3 y 4), donde posteriormente se hizo la plaza, como uno de esos espacios más inseguros, señalando especialmente que ahí se daban arrebatos y hechos de violencia. Tomando en cuenta esa realidad es que se optó por diseñar ese espacio con perspectiva de "prevención situacional". En la conversación los arquitectos me comentan que estos conceptos están reflejados en un libro que se editó en paralelo al desarrollo de la plaza: *"La mirada urbana en la prevención del delito: el caso Marconi"*.⁴ Este libro aborda de manera detallada y analítica cómo el entorno urbano influye en la prevención del delito, centrándose específicamente en el barrio Marconi, esta zona emblemática dentro del marco del Plan Cuenca de Casavalle. Su autora, Alejandra Casanova (2019), nos ofrece una visión comprensiva, a través de un enfoque cualitativo y cuantitativo narrando detalles relevantes y testimonios que amplían la comprensión y enriquecen el análisis del impacto de las intervenciones urbanas en la seguridad comunitaria, la intersección entre el diseño urbano y la seguridad pública, con enfoque de prevención situacional:

³ Integrado en la actualidad por: los ministerios de Desarrollo Social (Mides); Trabajo (MTSS); Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (Mvotma); Interior (MI); Salud Pública (MSP); Educación y Cultura (MEC); la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP); Administración de los Servicios de Salud del Estado (ASSE); Consejo de Educación Técnico Profesional-UTU; Universidad de la República, Plan Juntos, Intendencia de Montevideo, Municipio d y Concejos vecinales 10 y 11. Participaron del Consejo en algunas etapas o convocados por temas de su competencia: Banco de Previsión Social (BPS), Instituto Nacional del Niño y el Adolescente (INAU), Junta Nacional de Drogas (JND), Secretaría Nacional del Deporte (SNDEPORTE), Ministerio de Industria, Energía y Minería (MIEM), entre otros.

⁴ *La mirada urbana en la prevención del delito: El caso Marconi*. Ministerio del Interior. Es una obra escrita por Alejandra Casanova Henríquez, publicada en junio de 2019

La metodología situacional plantea su foco prioritario en aquellos factores de riesgo urbanos como elementos claves a ser tratados. Priorizarlos disminuye las oportunidades para la ocurrencia del crimen. El mayor control social sobre espacios comunes contribuye asimismo a disminuir la sensación de inseguridad de las personas (Casanova, 2019, p. 88).

El objetivo entonces del diseño de la plaza fue reducir las situaciones de violencia en ese lugar generando un espacio de encuentro y convivencia, con un diseño que tuviera en cuenta la "prevención del delito". Tanto este enfoque como otras cuestiones relativas a la convivencia y a la seguridad, fueron considerados durante su diseño por parte del Arq. Juan Diego Díaz. Este tipo de respuesta no resulta extraordinario dado que es común que, ante las problemáticas que aquejan a niveles comunitarios, sobre todo en materia de inseguridad, surjan iniciativas de políticas urbanas orientadas a abordar los desafíos asociados con la pobreza y la desigualdad social presente en entornos urbanos vulnerados. Este enfoque se puede examinar a la luz de los planteamientos de Tapia (2013) quien señala cómo los órganos gubernamentales han priorizados el diseño e implementación de políticas sociales con la finalidad de mejorar las condiciones de vida, fomentar el acceso a la educación y a servicios de salud, pretendiendo mitigar la fragmentación social. El autor señala:

El barrio se constituye como foco para la distribución de servicios; también, como base de intervención para objetivos de la triada regeneración, rehabilitación, rehabilitación; y finalmente - pero muy importante-, a partir del foco en el barrio los gobiernos han levantado sus agendas morales acerca de qué es lo que es cohesión social, capital social y ciudadanía" (Tapia, 2013, p.1).

Sumado al enfoque descrito, la plaza tuvo un diseño participativo. Durante el proceso de diseño y construcción, según relatan los arquitectos, se involucró a la comunidad en diversas instancias donde los vecinos y vecinas que participaron propusieron algunos elementos que Díaz, el arquitecto, también los incorporó al diseño. Otra cuestión interesante mencionada por los arquitectos es que la financiación de la plaza fue multi-institucional. Los fondos provinieron de tres organismos: el Ministerio del Interior, la Intendencia de Montevideo y el Centro Comunal Zonal número 11 (CCZ11).

3.1 Perspectivas Vecinales: Diálogo Comunitario y Reflexiones sobre la Realidad del Barrio Marconi

Al arribar al barrio en un domingo soleado, la plaza se presenta desolada. En las imágenes siguientes (ver Fig. 5, 6, 7 y 8) se podrá ver cómo se presentaba la jornada y la actividad de la plaza: hamacas y canchas vacías, asientos libres a pesar de un día soleado que invitaba a salir.



F.5 Cancha polifuncional. Imagen de la autora.



F.6 Sector de Juegos infantiles. Imagen de la autora.



F.7 Sector de Hamacas. Imagen de la autora.



F.8 Área de estar. Imagen de la autora.

Al iniciar la captura de imágenes se perciben movimientos. Los vecinos asoman sus cabezas por las ventanas y se acercan a las veredas para identificar qué era lo que hacía allí. La mayoría no me recibe con una mirada amistosa, lo que sugiere una acostumbrada vigilancia constante. La sensación de arraigo al barrio parece dotarles de un sexto sentido que les alerta sobre presencias de extraños, incitándolos a mostrarse, sin pronunciar palabra, como si dijeran: "¡aquí estamos!". Mis intenciones parecen irrelevantes, su interés en entablar conversación con una desconocida es nulo. Es evidente que el barrio ha sido

objeto de atención por parte de planes, proyectos y noticias recientes, lo que posiblemente haya contribuido al desgaste de los vecinos. Esto podría explicar su percepción de mi presencia como "otra extraña con ideas peculiares", por lo que no me resulta sorprendente el desenlace de mi interacción con ellos.

Inicialmente mi propósito era entrevistar a los jóvenes, quienes presumiblemente serían los principales usuarios de la plaza. Sin embargo, resultó ser una tarea imposible. Estos me observaban con recelo y, al acercarme, manifestaban su desinterés deseando que me marchara, cosa que me lo hacían saber. Ni yo ni mi tema de interés, la plaza, parecían captar su atención. "La plaza no me interesa", fue la respuesta de quien aparentaba ser el líder de un grupo de jóvenes. Concluí mi aproximación escuchando murmullos entre ellos. Fue así que decidí acercarme a los vecinos que habían en la vuelta para conocer un poco más su mirada con respecto al espacio, qué sensaciones nacían, qué sentimientos generaba y poder compartir con ellos los míos y, en ese ida y vuelta, poder nutrirme de sensaciones que se hacen parte de la plaza: sus colores, sus olores, sus narrativas. Todo sumaba para alguien que inicia su trabajo de escritura y pensamiento. De lo charlado se desprenden algunas cuestiones relevantes; basándome en las respuestas de las entrevistas proporcionadas y de lo conversado, hago un análisis general de las percepciones sobre la plaza en relación con la seguridad y la utilidad.

El asunto por el desinterés de la plaza apareció nuevamente, tal como se expresan en los siguientes fragmentos de entrevista, tanto en jóvenes como en personas mayores:

"No hábito la plaza no me interesa, si venís te dan pelotazos y tenés problemas, ya me pasó [cuenta varias anécdotas de situaciones problemáticas]. Le falta seguridad a esta plaza, he tenido que meterme a evitar problemas pero hay armas, ahora ya no se puede" (O. Victoria, vecina del barrio, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

"No uso esta plaza, no me gusta. Usó la plaza Casavalle, esa está más buena" (H. Mathias, vecino del barrio, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

Estas dos visiones, generacionalmente antagónicas, dan cuenta de posibles hilos de los que tirar para intentar pensar el porqué del no uso de este espacio, el porqué de su escasa apropiación. El relato de Victoria habla de inseguridad pero también de conflictos vinculados con el tipo de prácticas que allí se realizan que, en su caso, afectan de modo significativo su estar ahí. En el caso de Matías, un joven de 17 años, la preferencia parece ser estética, la

otra plaza “está más buena”. Lamentablemente no pude ahondar en qué quería decir, porque así como me respondió así se marchó.

A pesar de esas visiones negativas, uno de los aspectos más destacados que surgió de las conversaciones es una percepción positiva generalizada sobre la transformación visual del barrio. La mayoría de los vecinos y las vecinas notan un cambio positivo en su apariencia debido a la presencia de la plaza. Asimismo, comentan que mejora la imagen y el aspecto general del vecindario, lo cual es beneficioso para la comunidad. Un vecino menciona: “Me gusta cómo se ve la plaza. Le da otra imagen al barrio, le cambia la cara al barrio, incluso si pasas en bus se ve re lindo, no se ven los ranchos, ni la mugre” (C. Roberto, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

Otro de los aspectos que emergieron de las conversaciones fue el tema de la inseguridad. Muchos expresan preocupación y mencionan la presencia de personas “peligrosas” y situaciones violentas en la plaza, incluyendo tiroteos y robos: (...) “no es un lugar seguro, te roban mucho, pasan las motos y te cagan a tiros igual. La gente acá es mala, es dañina, hacen el mal por hacer nomás” (R. María, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

Esta percepción negativa hace que muchas personas eviten usar la plaza, especialmente los que tienen familia o son más vulnerables, como los niños y las personas mayores –tal como el caso de Victoria de 78 años–. Esto despierta en mí la interrogante de si este relato es realmente su sensación o un discurso que se repite y que refuerza una imagen negativa de sí mismos.

En cuanto al uso de la plaza por parte de los y las vecinas existe una variabilidad en las respuestas. Algunos (los menos) mencionan que la usan regularmente y que disfrutan de sus instalaciones, mientras que otros expresan que no la usan o que les gustaría ver mejoras adicionales, como más juegos o actividades: “Mis hijos sí la usan, yo no. La seguridad es un peligro, pero el espacio está bueno. Igual le pondría otras cosas a la plaza” (M. Mariel, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

Desde que conozco el espacio, por el cual paso cotidianamente, jamás he visto gente en él, salvo a sus alrededores. La mayoría de las personas con las que conversé manifiestan no usar la plaza debido a la inseguridad, no obstante tienen una relación cotidiana con ella desde su perímetro. De entre todas las generaciones implicadas, los más jóvenes, al menos los pocos a los que accedí a hablar, parecen estar más dispuestos a usarla a pesar de los problemas de inseguridad que alegan, mientras que los más mayores tienden a evitarla

debido a estas preocupaciones. Frente a esta situación algunos vecinos expresan la necesidad de una mayor presencia policial o medidas de seguridad adicionales para hacer que la plaza sea un lugar más seguro y accesible para todos: “Le falta seguridad a esta plaza, he tenido que meterme a evitar problemas pero hay armas. Ahora ya no se puede” (O. Victoria, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

En resumen, aunque la plaza ha mejorado la imagen del barrio, para muchos la preocupación por la seguridad sigue siendo un obstáculo importante para su pleno disfrute y utilización por parte de la comunidad. Es interesante que, si bien estas personas alegan lo de la inseguridad como motivo para no habitar la plaza, todos los vecinos con los que conversé en su totalidad se encontraban en las veredas sentados tomando mate a escasos metros. También es llamativo que en otros espacios cercanos (tres plazuelas) sí se puede ver público lo que refuerza la pregunta de por qué esta plaza, que fue concebida para integrar al barrio, es la menos habitada.

En la siguiente imagen mostro la localización de tres plazas ubicadas a menos de 6 cuadras del Espacio Aparicio Saravia (ver fig. 9).

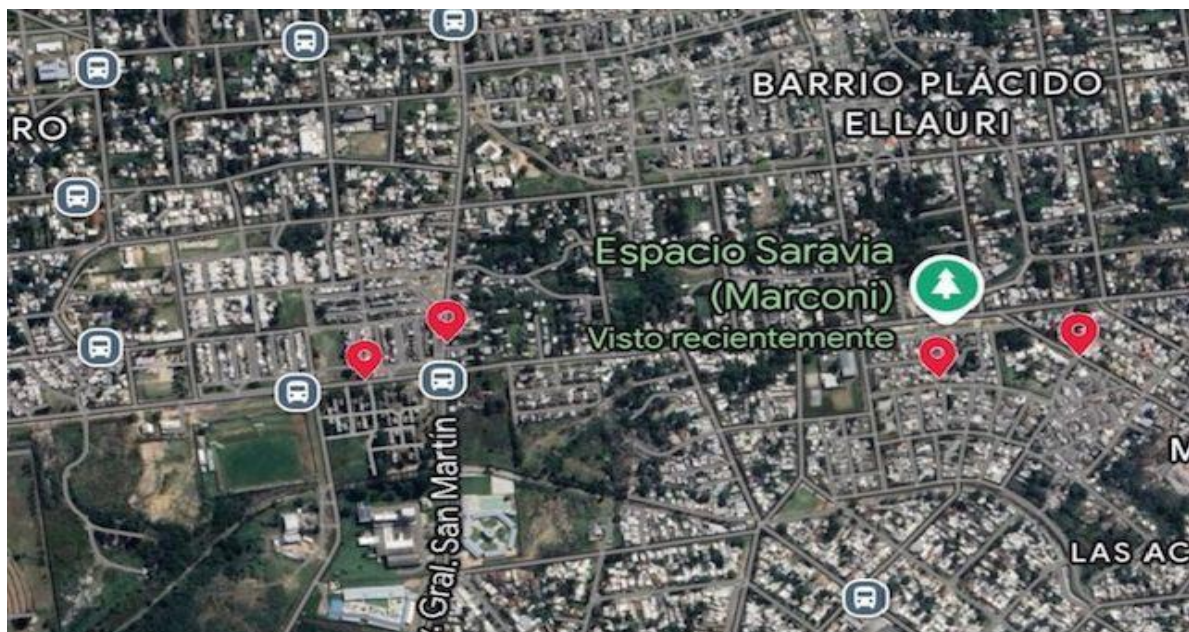


Fig. 9 mapa con ubicación del Espacio Aparicio Sarabia marcado con verde, al Sur de la plaza se encuentra marcado con rojo el Anfiteatro Marconi, al Sureste marcado con rojo se encuentra la plaza Enrique Castro, al Oeste tenemos sobre San Martín la plaza San Martín y sobre el Bulevar la Plaza Casavalle.

A continuación se adjuntan imagen de las plazuelas marcadas en el mapa, la primera imagen representa el anfiteatro situado entre las calles Jacinto Trápani, Dr. Luis P. Bottaro,

Pasaje Jardín y Dr. Mario Artagaveytia a dos cuadras del Espacio Aparicio Saravia (ver Fig. 10). En esta se puede ver a un grupo de jóvenes disfrutando de las instalaciones.



Fig.10 Anfiteatro Marconi. Imagen de la autora..

En la segunda imagen encontramos una plaza ubicada en San Martín entre Senda 21 y pasaje 300 a 4 cuadras del Espacio (ver Fig. 11). En esta también se puede apreciar niños jugando en las hamacas, toboganes y aprovechando un espacio verde para jugar al fútbol, mientras unas mujeres están sentadas disfrutando del sol.



Fig.11 Plaza San Martín. Imagen de la autora.

En la tercera imagen se encuentra una plazoleta donde el espacio es reducido, ésta se ubica en la intersección de las calles General Enrique Castro, Tomas Burgueño y pasaje 150, ubicada a tres cuadras del Espacio (ver Fig. 12). Aquí también podemos ver a pesar de su espacio reducido familias disfrutando del lugar.



Fig.12 Plazoleta Enrique Castro. Imagen de la autora.

Por otra parte, me parecía relevante sumar una cuarta imagen (collage) de lo que es la plaza Casavalle, donde se puede ver en todos sus espacios gente disfrutando de las instalaciones (ver Fig. 13). Esta plaza se sitúa entre las calles Bvar. Aparicio Saravia, José Martirén, pasaje 332 y Av, Gustavo Volpe, a cinco cuadras del Espacio Aparicio Saravia. Si bien la misma también está situada sobre el bulevar, no se ve de la calle por estar en un terraplén, para poder visualizarla es necesario subir a este. A diferencia de las otras, esta es muy concurrida, como se puede ver en las imágenes, y fue mencionada en las entrevistas realizadas en campo por uno de los vecinos: (...) “usó la plaza Casavalle esa está más buena” (H. Mathias, comunicación personal, 17 de marzo de 2024). Vuelvo a citar a Mathías dado que su comentario fue lo que me motivó a ir a conocer este espacio. Este proyecto surge a través del Plan Cuenca Casavalle, y para su diseño se recogieron las opiniones de los vecinos y vecinas del barrio. Una vez finalizado, se realizó una nueva presentación a la comunidad, donde los vecinos tuvieron una participación más activa. El lugar cuenta con cuidaparques y es uno de los más concurridos de la zona.



Fig.13 Collage Plaza Casavalle. Imagen de la autora.

Volviendo a la interrogante de por qué el Espacio Aparicio Saravia es el menos habitado, una hipótesis tentativa podría ser el hecho de que su ubicación sobre el Bulevar Aparicio Saravia la hace un lugar de gran visibilidad sobre todo para la policía ya que por ahí suelen circular, además de autos y el transporte público, patrulleros. A esto hay que sumarle que en varias ocasiones, el espacio de la plaza fue utilizado por la policía como centro de operaciones. Esta idea se contradice con aquellos testimonios que plantean la falta de seguridad y la necesidad de más policías. Pero para no quedarme con la idea de que las

palabras de quienes conversé no tienen correlato con cierta verdad, ni para tampoco desprestigiar el hecho de que la configuración espacial la hace ser un punto de mucha visibilidad, es necesario ir a las condiciones de producción de este espacio. Su génesis como acción preventiva del delito, asociada a la represión, puede estar operando como factor inconsciente para la expulsión de los vecinos y vecinas. La narrativa construida sobre el espacio, que nace a consecuencia de la inseguridad, parece no poder desprenderse del motivo de su construcción. Esto lo expuse cuando hice mención al encuentro con los arquitectos de la Intendencia.

También vale destacar que la plaza se encuentra en perfecto estado, no está con ausencia de juegos, ni da una apariencia de abandono; si bien la misma está desolada, su estado es casi el mismo que el de la inauguración, sin parecer haber sido víctima de robos o vandalismos. En las imágenes siguientes (ver Fig. 14, 15, 16 y 17) podemos ver el estado actual de la plaza. No se encuentra en ellas grafitis, basura, ni rupturas en sus artefactos.



F. 14 Letras volumétricas. Imagen de la autora.



F. 15 Cancha polifuncional. Imagen de la autora.



Fig. 16 Juegos infantiles. Imagen de la autora.



F. 17 Gimnasio al aire libre. Imagen de la autora.

Durante la conversación con los vecinos y vecinas, me llamó la atención cómo muchos de ellos señalaban a otros residentes como peligrosos, y expresaban cierto desprecio y prejuicio hacia las juventudes. Esto me recordó lo leído en la tesis doctoral de Alicia

Rodríguez (2019) donde la violencia cotidiana afecta la percepción que se tiene de la propia comunidad:

La sensación de violencia, miedo e inseguridad los lleva al aislamiento y a tomar distancia física y emocional de los aspectos negativos de la comunidad y de los potencialmente positivos. Las fronteras entre el nosotros de la familia y los otros es tan rígida que sirve para proteger, privándoles de las oportunidades de levantar estereotipos y prejuicios (Rodríguez, 2019, p. 86).

Estas fronteras que se instauran allí, si bien parecería generarles una sensación de protección, no hacen más que impedir el contacto con la comunidad, contacto necesario para derribar estereotipos y prejuicios que parecían tomados por los discursos ya establecidos por parte de las autoridades o medios de comunicación. El aislamiento al que hacen referencia limita el desarrollo social y personal impidiendo que vean al otro de manera más completa y humana. Además estas dinámicas no solo generan barreras entre los vecinos, sino también con los propios espacios, limitando el uso de la plaza y su potencial para la cohesión.

3.2 Análisis de la Exclusión Social: Dimensiones, Dinámicas y Respuestas Comunitarias:

La exclusión social es un proceso donde se le adjudica a las personas una ubicación, la cual está cargada de significados que la sociedad percibe como ajenos y no acepta, y que tiene como resultado la restricción de las relaciones sociales (Giorgi, 2006). En palabras de Víctor Giorgi:

El universo de significados, valores, bienes culturales y modelos, así como las experiencias de vida de que los sujetos disponen para la construcción de sus subjetividades se ven empobrecidos y tienden a fijarlo en su condición de excluido. (Giorgi, 2006, p. 10)

Así el proceso de exclusión implica, entre otras formas de desconexión del entramado social, una expropiación del poder que ha caracterizado históricamente al trabajador y otras clases subalternas. En esta línea, Robert Castel (1995) señala como uno de los efectos negativos de la exclusión “la inutilidad social” caracterizada por la desconexión de los sujetos de la exclusión del ámbito cívico y político, lo cual los aleja de la posibilidad de gravitar “en el curso de las cosas” (p. 346). Esta fragilidad se acentúa por el hecho de que

en los individuos que dependen de, lo que el autor denomina, la política de inserción suele faltar la "socialización primaria" (léase la interiorización de las normas sociales a través de instituciones como la familia y la escuela) (p. 363). Estos procesos de exclusión se producen a lo largo de varias generaciones tal como se puede apreciar en el Barrio Marconi. Quienes viven en este son familias que desde hace varias generaciones son parte del lugar: sus abuelos nacieron ahí, sus madres, hijos y nietos. Las generaciones más jóvenes nacen en condiciones de estructuración de los efectos de dicha exclusión, dejando a estos muy pocas probabilidades de revertir aquellos que acentúan los rasgos estigmatizantes. Estos procesos de segregación, no sólo residencial sino también subjetiva, siguiendo a Giorgi (2006), afectan el modo en que las personas que habitan el barrio se perciben a sí mismas y a los otros, tendiendo a su naturalización (Montero, 2010).

De las entrevistas se desprende un juicio y una mirada muy dura respecto a quienes son sus cohabitantes. Algunos ejemplos:

(...) “en el barrio hay gente mala igual te cagan a tiros, y la policía no se mete” (C. Roberto, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

(...) “la gente acá es mala, es dañina, hacen el mal por hacer noma” (R. Maria, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

(...) “el barrio es complicado” (C. Hector, comunicación personal, 17 de marzo de 2024).

¿Qué pasa cuando la norma se constituye en el principal factor al momento de producir la imagen que se tiene de los otros? El juicio de la norma instituye al otro como aquel que se corre de ella, el anti-ejemplo, asociándolo al peligro, a lo malo.

En el ámbito de las políticas sociales desde hace un tiempo se viene trabajando fuertemente, al menos en el discurso que las explicita, en acciones orientadas a fortalecer a las poblaciones en las que se enfocan, principalmente sectores considerados como vulnerables. La construcción del Espacio Saravia, se inscribe en este tipo de narrativas. Al mencionar esto no podemos pasar por alto que las políticas públicas han nacido, como mencionan Chávez y Piquinela (2017), con el objetivo claro de encauzar a los sujetos: “El entramado de la política pública contiene el despliegue de un repertorio de procedimientos dirigidos a encauzar a la persona sobre el proceso que lo irá ‘incluyendo’ ” (p. 94).

Siendo grandes constructoras de subjetividad, estas entidades dirigen conductas en nombre del interés colectivo, bajo los discursos en pro del bien social, tal como en otro artículo lo expresan los mismos autores mencionados:

Si bien los dispositivos, saberes y tecnologías de intervención difieren en sus modos, la finalidad de encauzar las conductas es recubierta por una misma racionalidad de gobierno; un mismo objetivo que se traduce en la defensa del interés colectivo bajo la consigna de prevenir y promover seguridad; la seguridad de los buenos ciudadanos (Chávez y Piquinela, 2014, p.10).

Ahora bien, esta operación posee otros efectos como lo es la exclusión de quienes no se ajustan a sus normas. Quienes quedan por fuera de la categoría "buenos vecinos", en el caso de un barrio, terminan siendo excluidos por la misma política que intenta incluirlos. Esto solo denota que la racionalidad de los gobiernos a veces no es suficiente para abordar las necesidades de todos los individuos. Por lo tanto, cuando los niveles de "inclusión" social comienzan a deteriorarse y los individuos no pueden satisfacer sus necesidades con sus propios recursos, entramos en la "zona de vulneración". Esto da lugar a un nuevo espacio de prácticas y relaciones sociales compuesto por la red de organizaciones y proveedores de políticas públicas focalizadas. La "focalización" en el marco de políticas sociales implica la identificación del usuario con un estado simbólico marcado por la vulnerabilidad, la predisposición y la falta de alternativas autónomas. Estas experiencias hacen que las políticas sociales influyan en la vida cotidiana de las personas y condicionen sus otras prácticas. Podemos argumentar que las políticas sociales dirigidas a sectores con una integración frágil en la cultura dominante forman parte de verdaderas políticas de subjetividad. Es decir, son cursos de acción predefinidos con la intención de generar una situación futura deseada y funcional a un proyecto social. Para profundizar este análisis me remito a Chávez, Hontou, y Piquinela (2016):

En este caso lo público dispone de lugares y roles a ocupar, donde la asimetría entre expertos y población afectada es evidente y al público involucrado directamente se le asigna un rol de docilidad frente a la definición del problema y por ende frente a la definición de las posibles soluciones (p.18).

Como mencionan los autores en ciertos contextos, lo público asigna roles creando una asimetría entre quienes definen los problemas y quienes los padecen, dejando a estos últimos en un rol pasivo. Me parece relevante traer a colación lo que estos autores concluyen de optar por una gestión más participativa, donde la gestión de los problemas

incluya directamente a los afectados; pero no solo como receptores de la política pública, sino como participantes activos en la definición y abordaje del problema apelando así a una reconfiguración de la noción de comunidad que facilite la cohesión social.

Aquí me es importante destacar un aspecto fundamental en mi argumentación: tanto las políticas sociales como sus representantes y ejecutores, es decir, las organizaciones, equipos, técnicos y otros agentes que llevan a cabo acciones hacia o con sectores o grupos sociales definidos como destinatarios de esas políticas, participan activamente en la construcción de su subjetividad. Nuestras intervenciones asignan roles y lugares a esas personas, interpretan y jerarquizan sus necesidades, y proponen metas en términos de un "deber ser" deseado o esperado desde una determinada perspectiva.

En este sentido, el análisis del lenguaje utilizado no resulta un tema menor. Este lenguaje no es neutral, sino que configura operaciones discursivas y asigna significados a través de una dinámica de asignación y asunción de diferentes roles en el universo simbólico de la sociedad, tanto para los operadores institucionales como para los destinatarios de las acciones y programas. Esto me recuerda a los postulados de Víctor Giorgi (2006) quien destaca que términos como "marginado", "excluido" o "de riesgo" reflejan distintos discursos sobre los problemas sociales y las personas afectadas, generando una "disputa de significados" sobre su lugar en la sociedad. Además, menciona que los operadores sociales, como educadores, agentes o jueces, también asumen roles con fuertes connotaciones que refuerzan identidades sociales y subjetividades. Esto muestra cómo los términos utilizados para etiquetar tanto a los afectados como a los actores del sistema social contribuyen a la construcción de sus identidades.

Estas designaciones instauran también formas de percepción individual y social. La exclusión social surge, pues, como un fenómeno multidimensional atado a la interacción compleja de factores económicos, políticos y culturales que trabajan en las estructuras sociales contemporáneas. La exclusión social se denomina como proceso dinámico que excluye a determinados grupos de la participación plena de sus derechos y oportunidades. Esta implica la privación no sólo de derechos sino también de la voz de los vecinos, perpetuándose en el tiempo, produciendo generaciones tras generaciones de familias pobres/ vulnerabilizadas. Queda claro que para abordar esta cuestión se requiere un enfoque integral que tome medidas integrales que aborden tanto lo económico, como lo social, lo político y lo cultural, para así promover una "inclusión" real de los habitantes a la sociedad.

De manera persistente, las intervenciones estatales tienden a concebir que la solución a la exclusión social radica en la creación de espacios públicos predefinidos, los cuales promueven ciertos modos de comportamiento y convivencia considerados como ideales. En las siguientes imágenes podremos ver dos caras de una misma moneda, dos intervenciones y/o efectos de las políticas estatales en el mismo espacio. Por un lado en la Figura 18 podemos ver al “Espacio Salud”, un entorno institucional que invita a sus vecinos a cuidarse y por otro lado, en la figura 19, la realidad diaria: viviendas precarias entre barro y suciedad, con instalaciones de iluminación precarias que muchas veces pone en riesgo la vida de sus propietarios, acceso al agua irregular, falta de saneamiento, condiciones de vida que en nada fomentan la salud como resultado de la ausencia del Estado. Ambos conjuntos coexisten en las inmediaciones del Espacio Saravia.



F.18 Espacio salud .



F. 19 Vivienda ubicada por Ap. Saravia

El Espacio salud como equipamiento urbano despliega toda una política corporal, es decir de lo que se espera de ciertos cuerpos. Esta perspectiva sugiere una visión normativa y prescriptiva de la configuración urbana, en la que se dictamina cómo deben ser ocupados y habitados dichos espacios. La reflexión sobre la exclusión social se torna fundamental al considerar las metodologías utilizadas para describir y definir conceptos en diversas disciplinas del conocimiento occidental, tal como lo señala Juan Carlos De Brasi (1990). Históricamente, se observa una marcada inclinación hacia el binarismo, este se puede observar en la dicotomía individuo-sociedad, sujeto-objeto y adentro-afuera que hemos visto a lo largo de la formación. Estas prácticas han dado lugar a la generación de construcciones teóricas que al carecer de una contextualización histórica correcta, tienden a naturalizarse, limitándose así a la apertura de debates transdisciplinarios y desconectándose de las condiciones históricas que les dieron orígenes. Sobre esto Juan Carlos De Brasi menciona:

Cuando algo elemental se ha separado, una operación no tan primaria se impone. A las exclusiones, por ejemplo, entre interno/externo, fuera/dentro, individuo/sociedad, etc., le cabrán denodados esfuerzos por construir reglas de correspondencia, modalidades vinculares, modelos de interacción y otras "arquitecturas" que intentan ser los paradigmas de la solidez y racionalidad del "edificio" -la obra- científico, artístico, conjetural o problemático que se halle en ejecución. Por eso no resulta extraño que a las divisiones-descripciones de las nociones y conceptos, les siga un previsible fenómeno de "naturalización" de las mismas (De Brasi, 1990, p. 12).

Se suele tomar estas divisiones como algo natural y evidente, cuando originalmente no lo son. No son más que meras construcciones sociales que han sido impuestas y establecidas en la sociedad. Este proceso de naturalización no permite que se cuestione, impidiendo visualizar alternativas. Tiene como efecto su perpetuación en el pensamiento y en el modo de relacionarse de las personas, lo que termina siendo perjudicial y excluyente.

Dicha lógica discursiva ha contribuido a la construcción de una realidad social que percibe a los individuos excluidos como un problema, reflejándose incluso en la carga simbólica de las palabras utilizadas. La terminología de "problemas sociales" "prevención del delito", "situación previsional", todas mencionadas por las autoridades que crean y ejecutan este Espacio, revelan una mirada que tiende a estigmatizar a estos vecinos, predisponiéndolos desde un inicio como sujetos de análisis desde una perspectiva adversa. No podemos obviar que el Espacio Saravia nace como respuesta técnica concebida como "solución o prevención situacional" orientada, desde este paradigma, contra una parte de la población que es considerada como problemática por parte de las autoridades. Desde la óptica de Robert Castel (1992) quien interpreta la exclusión social, de modo más amplio, como una forma de debilitamiento de los lazos sociales, se identifican tres áreas en la vida social que reflejan distintos niveles de integración. La primera, denominada zona de integración, habla de un contexto donde las personas disfrutaban de la estabilidad en vínculos laborales y relaciones interpersonales cercanas. La segunda área, denominada como zona de vulnerabilidad, se determina por la presencia de trabajos precarios o fluctuantes, incluso hasta el desempleo o empleos inestables, lo que se impacta en la fragilidad social y familiar de estos vecinos. Finalmente, la tercera área, denominada zona de exclusión, representa la situación más extrema, en la cual los vecinos se enfrentan a desafíos significativos, como la ausencia total de empleo y el aislamiento social, llegando incluso a incluir a aquellos que han caído desde las zonas previas de integración y vulnerabilidad. Gran parte de los habitantes donde radica el espacio son personas desempleadas o con trabajos informales, que así y todo con toda su disposición de tiempo optan por tomar mate en la vereda de su

casa y no utilizar el espacio recreativo Aparicio Saravia lo cual abre una interrogante sobre qué tramas se están moviendo allí y cómo estos conciben a este espacio.

3.3 Resistencia y Autonomía: La Lucha de los Barrios Frente a la Intervención Estatal.

La resistencia estatal que se ve en los barrios marcados por la segregación a diario nace como resultado de décadas de negligencia y desatención por parte de las autoridades gubernamentales. En las siguientes imágenes (Ver Fig. 20, 21,22) se puede ver los alrededores de la plaza y la realidad con la que conviven los vecinos de la zona.



F.20 vereda de Ap. Saravia

F. 21 Vereda Trapani

F.22 Ap. Saravia y Enrique Castro

Los vecinos conviven a diario con la basura, los roedores, las aguas servidas por falta de saneamiento, el mal olor por falta de recolección de basura, entre otras carencias de servicios. Estos barrios, en este caso el barrio Marconi, presentan falta de infraestructura básica, su acceso limitado a los servicios públicos básicos es notorio y presentan altos niveles de pobreza, enfrentan a diario una serie de desafíos que han generado una exclusión social y económica. Jordi Borjas (2007) mencionara al respecto:

Nunca la segregación social en el espacio había sido tan grande, crecen las desigualdades de ingresos y de acceso real a las ofertas urbanas entre la población, colectivos vulnerables o más débiles pueden vivir en la marginación de guetos o periferias (ancianos, niños, inmigrantes, etc.), los tiempos sumados de trabajo y transporte aumentan, la autonomía individual puede derivar en soledad e insolidaridad, la incertidumbre sobre el futuro genera ansiedad, se pierden o debilitan identidades y referencias, hay crisis de representación política y opacidad de las

instituciones que actúan en el territorio, etc. Es decir, las esperanzas generadas por la revolución urbana se frustran y el malestar urbano es una dimensión contradictoria de la vida urbana actual. (Borjas, 2007, p. 41).

Ante esta situación, los vecinos del barrio Marconi se ven forzados a organizarse y resistir tanto la ausencia del Estado como su presencia represiva a través de iniciativas colectivas tales como ollas populares o merenderos e incluso grupos de vecinos en alerta. La resistencia puede darse de diversas formas, desde movilizaciones hasta la creación de redes de apoyo y solidaridades dentro de la comunidad, pero me pregunto si el ausentismo también podría ser una forma de ellas. El rechazo a la homogeneización cultural que conlleva la globalización también forma parte de los actuales procesos urbanos; Jordi Borjas (2007) dirá: “La cuestión es si estas resistencias son simplemente una oposición legítima pero conservadora o por el contrario pueden ser una palanca de desarrollo autocentrado en nuestro mundo global” (Borjas, 2007, p. 44).

Estas tendencias homogeneizadoras sumada a la falta de credibilidad en las instituciones estatales que está fomentada por experiencias previas de abandono o represión, contribuyen a la resistencia de los habitantes de esta comunidad. Además, la imposición de políticas y proyectos estatales sin consenso de la comunidad (como se puede entender es el Espacio Aparicio Saravia), hace que estas intervenciones se vean como una violación a su autonomía y dignidad. La protección del patrimonio urbano, las habilidades de la población, las relaciones sociales establecidas, y las culturas locales, junto con la valorización del espacio público, se están convirtiendo en elementos clave en la resistencia a proyectos que impactan fuertemente el territorio público. Esta defensa resalta la importancia de la identidad y la vida urbana cotidiana frente a intervenciones externas que modifican el barrio (Borjas, 2007).

Entiendo que se podría leer este tipo de resistencias en los barrios segregados como una lucha por el reconocimiento y la inclusión en la toma de decisiones que afectan directamente sus vidas. Es un llamado a la acción para que las autoridades gubernamentales integren las necesidades y preocupaciones reales de estos sectores vulnerados de la sociedad, en lugar de imponer soluciones unilaterales que pueden sentirse como invasivas y contribuidoras de su situación de vulnerabilidad.

Para seguir pensando si el ausentismo en la plaza es una forma de resistencia a la intervención estatal y su forma de ejercer el poder me remito a Maritza Montero (2003) que menciona sobre el poder lo siguiente: “El poder es un problema, entonces, no sólo cuando

se lo ejerce abusivamente, en un marco dominante y opresor, sino también cuando se ignora que se lo posee” (Montero, 2003, p. 1).

El poder y su omnipresencia en las relaciones humanas expresándose de diversas formas, tanto el abuso de poder como su ausencia tienen efectos en las comunidades y sus relaciones. Asimismo, ¿cómo ignorar el que las comunidades ejercen? El desconocimiento sobre el propio poder puede impedir que los vecinos hagan valer su actividad comunitaria. Me parece relevante destacar la complejidad del poder y sus procesos psicosociales, para poder analizar los procesos comunitarios. Este hace un trazado longitudinal en todos los sectores de la sociedad y sus relaciones; el mismo puede tener tanto efectos positivos como negativos para las comunidades que se expresan de diversas maneras.

Asimismo, la perpetuación de sus formas puede generar brechas y desigualdad en las comunidades, poniendo a la resistencia como fronteras o desafíos que pueden interferir en los esfuerzos de las comunidades en la búsqueda de lograr objetivos. Esto puede derivar en una resistencia institucional, en desigualdades, exclusiones o por otro lado en resistencias dentro la propia comunidad que nacen de divergencias entre sus habitantes.

La actividad comunitaria puede ser una expresión de resistencia contra las desigualdades sociales e injusticias que se dan a diario en barrios como lo es barrio Marconi. Esta actividad es una oportunidad para que sus habitantes puedan unirse en lucha frente a las estructuras de poder opresivas; su activación no solo implicaría mejoras en la calidad de vida para su comunidad, sino también la posibilidad de actuar como medio de resistencia ante la injusticia social como menciona Maritza Montero (2003):

La capacidad de resistencia de las minorías (entendidas en su sentido social como grupos carentes de poder, sometidos) ha sido muchas veces subestimada, lo cual puede ser una consecuencia de la necesidad de destacar los efectos de la opresión. Esto puede producir un debilitamiento de la imagen de esos grupos que, observados con atención, pueden mostrar una sorprendente variedad de recursos que les permiten mantener vivas sus creencias, sus costumbres y su identidad, desarrollándolas y conservándolas incluso en medio de condiciones adversas. O bien, a pesar de los esfuerzos que se hagan desde el grupo dominante por cambiar estilos o hábitos de vida, las personas en estado de sometimiento, bajo la apariencia de sumisión, continúan practicando los modos de acción que desean ser cambiados desde la perspectiva opresora y/o dominante (Montero, 2003, p. 39).

Este enfoque crítico sobre resistencia, autonomía, pobreza, subalternidad e inseguridad insta a ir más allá de las descripciones superficiales, como simplemente contar a los pobres o describir comunidades subalternas. Como lo sugiere Ana María Fernández (2009), es crucial comprender los dispositivos biopolíticos⁵ que construyen estas identidades de manera desigual y desvelar las redes de poder, resistencia e invención que configuran esas identidades. Problematizar las formas de dominación y resistencia, reconocer las diferentes dimensiones de poder y que relaciones desiguales las constituyen, resulta fundamental para una comprensión más profunda de las realidades sociales en juego. Estas resistencias que se unen contra el poder coercitivo, a través de la colaboración y la solidaridad van construyendo alternativas y espacios de autonomía, promoviendo la transformación social y la emancipación de las comunidades. Como mencioné antes citando a Jordi Borjas (2007), la resistencia nace en respuesta a la globalización urbana, estas respuestas son una reacción de las comunidades que luchan por proteger sus derechos ante la desigualdad y la segregación social. Los movimientos de globalización han generado una resistencia por parte de las comunidades, estas dinámicas han afectado no solo la vida urbana, también la arquitectura de los lugares y su forma-no forma de habitarlos.

4. Reflexiones finales

Realizar este trabajo fue un viaje interesante donde me fui adentrando con cada lectura un poco más en las tensiones que configuran los espacios públicos. Este viaje me permitió poder problematizar hasta mis propias nociones sobre los espacios, la manera en que los percibo y habito. Así, me propuse habitar el Espacio Saravia, en cada visita al barrio y a la plaza, en cada charla con los vecinos y en cada página que he escrito en este trabajo. A lo largo del mismo, he pretendido comprender cómo estas formas de habitar, crear, construir, generan y configuran sentidos y significados que perpetúan en la vida de estos vecinos no exentas de conflictos. Siendo cuidadosa y respetuosa de lo que, considero, es una muy buena e intencionada intervención, como lo es este espacio, he intentado poder ver un poco más allá de su bella estructura de plaza lo que me permitió adentrarme en lo que allí sucedía.

⁵ En el siglo XVIII, surge un nuevo tipo de poder enfocado en la vida misma, denominado como Biopoder, concepto desarrollado por Michel Foucault (1978). Este poder tiene como objetivo regular a la población y se centra en fenómenos colectivos que abarcan aspectos biológicos de la especie humana, como los nacimientos, la mortalidad, y las enfermedades. Se trata de una tecnología que busca regular estos aspectos, y como señala el autor: "la biopolítica abordará, en suma los acontecimientos aleatorios que se producen en una población tomada en su duración" (Foucault, 2000, p. 223). Esta tecnología pretende asegurar el equilibrio global y la seguridad de la población.

¿Cómo podía ser que un lugar tan lindo y espacioso no fuera visitado? ¿Por qué en los barrios de la periferia la respuesta a todas las preguntas suele ser la inseguridad, el miedo? ¿Se podría pensar otras posibles hipótesis? Estas preguntas que resonaban en mi cabeza fueron inspiradoras para comenzar a estudiar qué lógicas más estaban jugando ahí. Es así que comencé a pensar en los espacios públicos como algo más que el espacio físico. Tomando los postulados de diversos autores entre ellos Lefebvre (1974) comencé a concebir los espacios como resultados de producción constante, como ámbitos de conflicto —del modo que lo mencionan Di Masso, Berroeta y Vidal (2017)— que configuran significados. Comencé a cuestionar cuánto pesaban estos significados en la vida de estas personas y en la relación/ no-relación que se daba con el Espacio.

Al indagar sobre el origen de este proyecto —planteado como una 'solución preventiva'— empecé a preguntarme si estas lógicas estarían influyendo en la relación que los vecinos y vecinas establecen con el espacio. Esta intuición primera se reforzó al constatar que el lugar ha sido utilizado para operativos policiales en la zona, lo que da cuenta de la presencia de prácticas represivas que pueden ser las causantes de su no utilización. Es así que decido arribar al barrio para observar y charlar con los vecinos. Me resultaba interesante que ellos repitieran el discurso de la inseguridad como motivo para no usarlo, pero que habitaran otros espacios de los alrededores, como plazas, calles, veredas.

No me quería quedar con esa idea y comencé a estudiar estas respuestas tomando como antecedente el trabajo de Alicia Rodríguez (2019) quien no solo problematiza la noción estática del espacio, sino que además subraya la atribución de significados y cómo estos influyen en la forma en que son percibidos, generando procesos de identificación y alienación. Es ahí que comienzo a cuestionar e interiorizar cómo los lazos sociales y los procesos identificatorios también generan exclusiones. Me parece importante en este trabajo subrayar la necesidad del reconocimiento mutuo en las comunidades, para construir un sujeto colectivo, así como para problematizar estas barreras y hacer un análisis más profundo buscando poder comprender qué pasa cuando una comunidad se puede sentir excluida y cuando estas nociones se toman como naturales pasando por alto la alteridad. Esto que puede desencadenar en un proceso de exclusión genera en estos vecinos una desconexión con el entramado social, lo que me ha hecho pensar, que la excusa de la inseguridad es solo eso, una excusa, y que el motivo detrás del ausentismo es mucho más complejo y abarca otras dimensiones.

Comencé a preguntarme si este fenómeno, de no uso de la plaza, no podía ser una forma de resistencia, es así que comienzo a leer sobre las resistencias, y si estas podían ir más allá de lo que yo conocía, resistencia como movilización, como creación de redes de apoyo,

¿acaso esta no-relación con el Espacio no es una forma de resistir? Para poder comprender mejor este fenómeno, comienzo a mirar los alrededores del barrio, sumergiéndome en él. Comienzo a caminarlo, a olerlo, a vivirlo, barro, precariedad, falta de saneamiento, olores a humedad y canaletas. ¿Cómo es posible esta incongruencia en las intervenciones estatales? ¿Qué genera en los vecinos? Comienzo a cuestionar hasta qué punto se consideran realmente las necesidades de los vecinos y en qué medida se los reconoce como actores activos y se los invita a ser parte de estos proyectos. Se podría entender al no uso de la plaza como una práctica de resistencia y oposición, donde los vecinos encuentran la forma de resistir a las intervenciones estatales que no consideran sus necesidades reales. Entonces, esta práctica de resistencia al Espacio, podría ser pensada como una suerte de rechazo a la homogeneización cultural y a las intervenciones estatales que, muy bien intencionadas, no parecen tener en cuenta las necesidades emergentes de las comunidades, ni lograr el objetivo de ser un espacio de encuentro para sus habitantes. Lejos de aventurarme a una respuesta, me gusta pensar que este trabajo es una pregunta abierta para seguir pensando, en lo posible, junto a otras personas.

5. Referencias bibliográficas.

- Borja, J. (2007). Revolución y contrarrevolución en la ciudad global: las expectativas frustradas por la globalización de nuestras ciudades. *Revista EURE*, 33(100), 35-50
- Casanova Henríquez, A. (2019). *La mirada urbana en la prevención del delito: El caso Marconi*. Ministerio del Interior. Montevideo
- Castel, R. (1992). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. *Archipiélago: Cuaderno de Crítica de la Cultura*, (21), 27-36.
- Castel, R. (1995). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del asalariado*. Paidós.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad: Vol. 1. Marxismo y teoría revolucionaria* (A. Vicens, Trad.). Tusquets.
- Chavez, J., y Piquinela, P. (2014). El gobierno de la calle: malos comportamientos y espacios públicos. Espacio Abierto. *Revista del CIEJ-AFJU* , (21), 69-78. https://www.dedicaciontotal.udelar.edu.uy/adjuntos/produccion/1255_academicas_academicaarchivo.pdf
- Chavez Bidart, J., y Piquinela Averbug, P. (2017). Expertos en ciencia, legos en política: ¿Que psicólogos para las políticas públicas?. *Psicoperspectivas*, 16(3), 87-98. <http://dx.doi.org/psicoperspectivas-vol16-issue3-fulltext-1006>
- Chavez, J., Hontou, C., y Piquinela, P. (2016). La proximidad en las políticas públicas: tensiones entre el abordaje de la vulnerabilidad social y la evidencia científica. *Revista Polis E Psique*, 6(2), 5–24. <https://doi.org/10.22456/2238-152X.65724>
- Correa, G., Grebert, L., y Gómez, R. (2018). Urbanismo desde abajo: Experimentando la ciudad y sus prácticas. *Inmaterial. Diseño, Arte y Sociedad*, 5(3), 21-52. <https://raco.cat/index.php/Inmaterial/article/view/343372>.

- De Brasi, J. (1990). A modo de introducción: Crítica del Dualismo. En *Subjetividad, grupalidad, identificaciones: Apuntes meta grupales* (pp. 9-24). Búsqueda Grupo Cero.
- Di Masso, A., Berroeta, H., & Vidal, T. (2017). El espacio público en conflicto: Coordenadas conceptuales y tensiones ideológicas. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 17(3), 53-92. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1725>
- Duschatzky, S. y Skliar, C. (2000). La diversidad bajo sospecha: Reflexiones sobre los discursos de la diversidad y sus implicancias educativas. *Cuaderno de Pedagogía*, 4(7), 1-8.
- Farías, I. (2010). Ensamblajes urbanos: la TAR y el examen de la ciudad. *Athenea Digital*, 11(1), 15-40.
- Fernandez, A. M. (2009). Las diferencias desiguales: multiplicidades, invenciones, política y transdisciplina. *Nómadas*, (30), 22-33.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. (curso impartido 1978-1979). Fondo de Cultura Económica.*
- Giorgi, V. (2006). Construcción de la subjetividad en la exclusión. En Encare (Comp.) *Drogas y exclusión social*. (pp. 1-8). Atlántica.
- Giorgi, V. (2003). La perspectiva ética ante las transformaciones sociales y culturales en Latinoamérica. En *Anales del XII del Congreso de ALAR*, Montevideo.
- Google Inc. (2015). [Espacio Aparicio Saravia] [Fotografía]. Google Street View. <https://www.google.com/maps/@-34.8346488,-56.1600236,3a,75y,164.71h,90t/data=!3m7!1e1!3m5!1sS3QEJ-PFGbz2d4SuL42MWQ!2e0>.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Manantial.

- Harvey, D. (2011). El derecho a la ciudad. *New life review*, (53) 23-29.
<https://newleftreview.es/issues/53/articles/david-harvey-el-derecho-a-la-ciudad.pdf>
- Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar* (J. Adrian, Trad.). LaOficina, 88
<http://dx.doi.org/10.6018/285311>
- Intendencia de Montevideo. (2020). *Barrio Marconi estrena plaza*.
<https://montevideo.gub.uy/noticias/urbanismo-y-obras/barrio-marconi-estrena-plaza>
- Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. *Papers: Revista de Sociología*, (3) 219-222.
- Montero M. (2003). *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria: La tensión entre comunidad y sociedad*. Paidós.
- Montero, M. (2010). *De la ética del individualismo a la ética de la otredad: La noción de Otro y la liberación de la psicología*. Universidad de Venezuela.
- Neves, S. (2018, 23 de noviembre). De Aparicio Saravia a Dolores: Precariedades urbanas . Seminario Brecha. Fondo fílmico del Instituto de Cinematografía de la Universidad de la República, Archivo General de la Universidad de la República.
<https://brecha.com.uy/de-aporicio-saravia-a-dolores/>
- Ornelas Delgado, Jaime. (2004). Impacto de la globalización neoliberal en el ordenamiento urbano y territorial. *Papeles de población*, 10(41), 141-166. Recuperado en 11 de diciembre de 2024, de
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252004000300005&lng=es&tlng=es.
- Rodríguez Ferreyra, A. R. (2019). *Producción del espacio residencial y formaciones subjetivas en barrios populares de Montevideo (Uruguay) en la urbanización capitalista neoliberal: Sentidos de pertenencia y alteridades en el barrio Flor de Maroñas* [Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires].
- Salazar, C. (2011). Comunidad y narración: La identidad colectiva. *Tramas*, 34, 93-111.

Tapia, V. (2013). El concepto de barrio y el problema de su delimitación: Aportes de una aproximación cualitativa y etnográfica. *Bifurcaciones: Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 12, 1-14.